

La garganta tatuada



ADOLFO CASTAÑÓN

Ya no sé cuántas veces he visto quemarse el alfabeto. En una chimenea ardiendo con periódicos, en aquellos crematorios al aire libre adonde llegaban en caravana camiones con libros de texto usados, en aquellos cigarros de marihuana que iba forjando un italiano con hojitas arrancadas a una Biblia. Al alfabeto, como digo, lo he visto incendiarse muchas veces. Yo mismo escribí cierto día un poema en la nieve y, luego, con ayuda de un poco de gasolina, fui incendiando cada una de sus palabras. También reduje a cenizas aquellas envolturas premonitorias de los chicles gitanos que traían escritas con “tinta invisible” vagas prescripciones para el porvenir. Ignoro, en definitiva, si en todos esos casos no actué movido por cierto afán de venganza contra los signos que, como un hierro ardiente, me fueron estampados en la garganta para obligarme a escupir letras. No ignoro que algunos fueron quemados en una pira hecha con sus propios escritos y que la historia no ha sido avara en bibliotecas incendiadas. Desde luego, no diré que aplaudo esos hechos bárbaros. Me limito a consignar mi pasión por el fuego. No creo engañarme. Tampoco pretendo sorprender a nadie. Me limito a hacer constar que las palabras producen quemaduras en ciertos casos y que el fuego, por decir así, tiene lenguas. Sería imprudente multiplicar los ejemplos sin necesidad y no voy a caer en la tentación de enumerar las órdenes que se clavan como espinas. Más bien debo traer al caso aquellas vocales constantemente repetidas en voz baja y que, después de años, florecen como una rosa incandescente entre ceja y ceja. Sin embargo, nada de esto se entendería si no evocara mi origen: —recuerdo, antes de nacer, el relámpago de unas miradas—, si no me apresurara a dar parte de un hecho ridículo pero que conmovió a mis parientes más cercanos y me granjeó para siempre sus burlas. A estas alturas resulta secundario saber si el acto fue o no intencional. Cierta Navidad quise incendiar la casa de mis padres y empecé por el Nacimiento. El resultado —no lo oculto— fue modesto. Unos reyes magos chamuscados, una virgen en llamas, San José negro, pero indemne, el portal en cenizas. El acto, al parecer, no tuvo mayores consecuencias. Ciertas inclinaciones no del todo explicables recuerdan ese hecho a mi paladar. Sólo puedo comer lo que hierve y, si arde, tanto mejor. No soy enemigo de los postres flameados y en los días de gran invierno agradezco, después del ayuno, un buen vaso de aguardiente. Entonces, las palabras salen naturalmente de mi boca y exhalo frases envueltas en un fluido en llamas. En esos momentos, mi discurso no produce esa penosa impresión de tartamudez que delata mi indecisión y que hace sentir a los demás que mastico las palabras antes de decirlas como si fueran piltrafas correosas o que las escupo como si fuesen las semillas de una fruta que no me resigno a compartir. No quiero abundar en detalles. Podría multiplicar los ejemplos y extenderme innecesariamente. Deben bastar, por el momento, estas observaciones. ♦